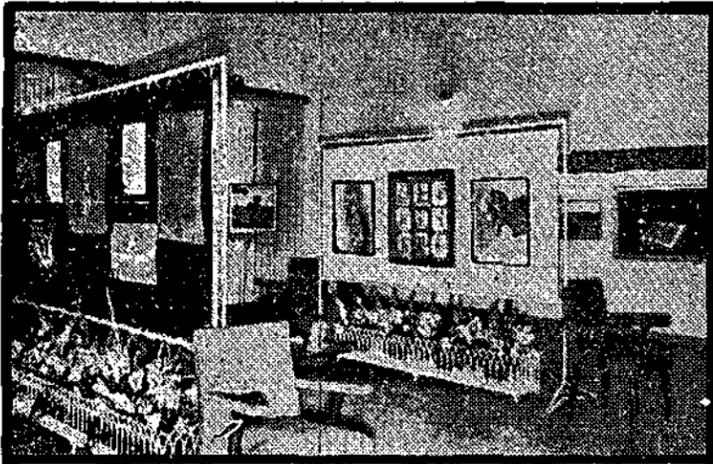


Un gran acierto del Frente de Juventudes EL CERTAMEN JUVENIL DE ARTE, ESTIMULADOR DE VOCACIONES

Una auténtica revelación: Párraga

ODA Murcia desfila en estos días por la Casa de Cultura para admirar el primer certamen juvenil de arte. No es nuestro propósito describir este magnífico alarde artístico de nuestras juventudes, sino simplemente hacernos eco de esta actividad cultural y aunar lo que significa como cauce y modo de expresión de vocaciones que pueden decidir sobre el destino de una vida.

Toda el mundo sabe que si quiere ser abogado ha de matricularse en la Facultad de Derecho; que si quiere ser médico ha de ir a la Facultad de Medicina; que si quiere ser ingeniero ha de ingresar en la correspondiente Escuela, y así sucesivamente.



Un aspecto de la sala de exposiciones de la Casa de Cultura, donde se celebra estos días el primer certamen nacional de arte juvenil.

vamente. En cambio, nadie sabe dónde dirigirse si desea ser creador de obras de arte. El arte se hace así: haciendo arte. Y las escuelas no tienen otra misión que la de encauzar y ayudar inquietudes y aptitudes ya existentes. Por eso suelen ser tan fecundos los concursos convocados en tal sentido y por eso nos parece muy plausible este certamen que acaba de organizar nuestro Frente de Juventudes.

VEINTE MIL PESETAS, PRIMER PREMIO

Hablábamos con Ceferino, ese joven e inquieto vanguardista de nuestra pintura, horas antes de inaugurarse la exposición, y nos exponía su admiración por el número y cuantía de los premios. «El círculo de Bellas Artes, de Madrid —nos dijo— concede una primera medalla y veinticinco mil pesetas a un pintor consagrado, y, sin embargo, en este certamen el primer premio es de veinte mil pesetas. Teniendo en cuenta que se trata de artistas que aún no han cumplido veintitantos años, no puede pedirse más.» Ciertamente, este ejemplo comparativo resume la importancia de nuestra exposición.

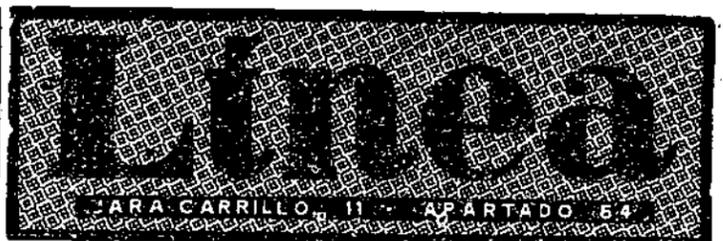
Por su parte, el director de la Casa de Cultura, señor Jorge Aragoneses, asegura que el certamen, en conjunto, no desmerece en absoluto de ninguna de las exposiciones que a menudo celebran en dicho centro artistas profesionales.

Evidentemente, la dignidad artística de gran parte de las obras no admite dudas. Se nota una marcada tendencia en los expositores, salvo pocas excepciones, a no emprender la aventura del arte nuevo. Pero no es un problema de tendencias artísticas únicamente lo que define una calidad en el arte. Hay otras cosas.

LA OPINION DE TRES ARTISTAS

Pensando que este punto tendrá interés para nuestros lectores, buscamos la opinión de tres artistas murcianos. El primero, Ceferino mismo, nos dijo que era «en su mayoría fruto del desconocimiento que estos jóvenes artistas tienen del arte de nuestros días, lo que les induce a pintar de esta forma.» Mariano Ballester, ese otro pintor murciano que parece haber escondido sus últimas obras en su anual excursión a París, nos dio una respuesta laconica y dura: «Me duele que los pintores jóvenes pinten como si fueran viejos.» Creemos que se salva de este juicio contundente su hijo, Antonio Ballester, el más joven expositor del certamen —sólo cuenta seis años de edad—, con un «Bodegón» interesante y discutido. «Únicamente —añadió— me interesa Párraga.» (De Párraga nos ocuparemos después como merece.)

(Continúa en la pág. nueve.)



Hoy habla "Mister Universo"

Por otro nombre Robert Duránto, campeónísimo del «catch», virtuoso del biceps, apolo de los «rings», hércules de las cuerdas, impresionante máquina anatómica que anoche «trituró» al aragonés Nemrod en la plaza de toros.

—¿Te ha costado mucho?
—¡Bah! Me lo he quitado de encima como si fuera una mosca.
—Pero una mosca que ha zumbado bastante.
—Se ha empleado muy sucio, que no es lo mismo. Y eso a mí me fastidia.
—¿Porque hace pupa?
—Porque no es correcto. Yo soy noble con quienes lo merecen. Pero cuando me buscan las cosquillas...
—¿Se encuentran un k. o. ¿Algún título?
—Hace dos años fui campeón de Francia del peso pesado.
—¿Y cuánta pesas?
—Orhenta y tres. Pero todo músculo.
—¿Parisino?
—Como el Sena.
—¿Por qué te llaman «Mister Universo»?
—Porque lo fui.
—¿Ya no lo eres?
—Gané el título por vez primera en 1948 y lo revalidé año tras año hasta el 52.
—¿Quién te lo «asoló»?
—A mí no me sopla nadie. Dejé de presentarme porque me había



abandonado un poco, y entonces le dieron el título a ese señor Hargitay.
—El marido de la Mansfield.
—Eso dicen. Pero si yo quisiera lo destronaba en seguida.
—¿Por qué abandonaste?
—Porque ser guapote exige mucho sacrificio para estar a punto. Yo hago todos los días dos horas de media de gimnasia; pero mi preparación para los concursos de «Mister Universo» me exigía ocho horas diarias.
—¿Terminarías rendido?
—Resistía porque comía como un león y dormía más que una marmota.
—¿Buen programa! Veamos el «menú».
—Lo que sea. Como de todo y en abundancia hasta que me sienta satisfecho. Devoro el jamón como si fuese aperitivo, y bebo cerveza como si fuera agua.
—¿Y así estás.
—Muy bien hecho.
—¿Viva la modestia!
—No la conozco. Soy la perfección anatómica elevada al cubo, y, como tal, un enamorado de mí tipo.
—Lo que se dice un narcelo.
—Mi trabajo y mi constancia me ha costado.
—Veamos tus medidas.
—Cuarenta y siete centímetros de brazo para ochenta y tres kilos y treinta y un años.
—¿«Record»?
—Sólo me supera a medias Rex Park, que mide cuarenta y siete y medio. Y digo a medias porque en proporción tengo yo muchísimo más, pues el pesa ciento cincuenta kilos, o sea, veintidós más que yo.
—¿Cómo crías esos brazos tan hermosos?
—A fuerza de levantar peso. Empecé con los métodos americanos de pesas y halteras, pero al poco tiempo creé otro método lo patenté y hoy me estoy «ferrando» con él.
—¿«Ferro»?
—Un millón de francos anuales.
—¿Biceps!
—Una casa de Montecarlo, llamada «Escultura Humana Duránto», edita mis métodos y tiene en exclusiva la venta de la clase de pesas patentadas por mí.
—¿Serán de alivio!
—Algo fenómeno. Ensanchan toda la caja torácica y fortalecen todos los músculos.
—¿Gimnasia sueca.
—¡Puff! La gimnasia sueca se queda para las colegialas. Mi método es otra cosa.
—¿Ventajas?
—Infinitas. Ha de seguirlo todo el que aspire a ganar concursos.
—¿Qué te han dado a ti?
—Tres éxitos enormes: la popularidad, la ocasión de haber conocido a mi mujer y entrar en la librería por la puerta grande.
—¿Cómo fue esta entrada?
—A los concursos de belleza masculina solían ir muchos luchadores, que se quedaban maravillados de mi brazo. «Robert —me decían— con esos bíceps te harías de oro en el «catch».
—¿Y te dedicaste al «catch»?
—Me animé abandoné los concursos, acudí a entrenarme con Laget, y en tres semanas me convertí en un «catcher» como no hay dos.
—¿Y a «cachear»! ¿Has rotó muchas costillas?
—Las suficientes para no acordarme. Son y muchos combates.
—¿A cómo los cobras?
—Depende de las circunstancias.
—Lo máximo.
—Ciento veinte mil francos, en el Líbano.
—¿Fues al Líbano!
—¡Ahora, no, por Dios!
—¿Párraga?
—A brazo cortado me «cargó» la Nación pero no quiero saber nada de pistolas que hacen «pim-pam».
—¿Pum!

VINICIO



ADIOS

SE nos va, señores, el último bohémio. Se trata de Ortiz, más conocido por el sobrenombre de «La Imprenta Humana», en atención a que su «modus vivendi» consistía en copiar las noticietas y trabajos periodísticos que se ocupaban de personajes célebres, a quienes se los llevaba después en un librito, a cambio de algunas pesetas que le permitían suministrar vitaminas a su organismo con la regularidad que prescriben las buenas costumbres. Era un modo, como otro cualquiera, de explotar la vanidad humana. Pero hoy, ni esto ya da resultado. La gente cree que todo lo merece, y los clogios la dejan insensible.

En vista del fracaso, Ortiz, el último bohémio —mientras no aparezca cualquier otro resaca— ha decidido muy dignamente retirarse por el foro, que en su caso es Cuenca. Allí le espera un empleo administrativo en una Hidroeléctrica. Seguramente, un «conchuzo». Y su último gesto, ante el homenaje de despedida que le preparan sus amigos y admiradores de Madrid, ha sido el de pedir que se dejen de banquetes, en los que comen todos menos el ajasajado —porque con las empujadas y los discursos se quitan las ganas —y que cada cual entregue el dinero que estima oportuno: cuanto más, mejor, porque las buenas cifras influyen en la persistencia de los recuerdos agradables.

Esto de que se vaya Ortiz inspira su poquito de lástima. Quisiera o no, perder de vista al último representante de un modo de ser y de vivir es algo triste. A este bohémio, aunque sólo fuese por tratarse del último, deberíamos dejarle para muestra, asignándole al menos una subvención municipal, entre tantas como conceden los Ayuntamientos. Como también debió conservarse al último bandido generoso, que ya no hacía daño a nadie y, en cambio, ahora sería útilísimo para presentarlos a los millares de turistas que nos visitan en busca de lo «typical», con lo que ahorraríamos la muestra de pseudobandidos de «Las Cuevas de Luis Candelas» y de esas películas amaneradas que de vez en cuando se sacan de la manga nuestros productores para vergüenza del cine nacional.

Siempre hace bonito tener a mano un buen repertorio de personajes característicos, de elementos que representen un tipo, un estilo, una forma de ser vieja o nueva. No estorba que la bohemia tuviera también algún representante, aunque fuese con aire de museo. Y ninguno mejor que Ortiz, que dejando a un lado el viejo estilo del sablazo y la imitación de chocolate y picatostes en «Covadonga», había creado una modalidad más original y decente: la de comerciar con la vanidad de los humanos. Aunque al final se haya anulado el tipo y el nombre tenía que seguirse en Cuenca para ganar la rianza como humilde chapulinas.

M. P.

CARTA AL DIRECTOR

Por José de JODAR

QUERIDO amigo: Ya sé de tu poliglotesmo, que te permite leer de carrerilla todos los grandes rotativos extranjeros; y aunque por eso mismo estoy seguro de que ya las conocías, te escribo la presente, en la que he espigado, para solaz de nuestros lectores, una bonita colección de noticias pintorescas aparecidas estos días en los «Times», «Messenger», «France-Soleil» y demás colosos de la Prensa mundial.

Empecamos con la famosa triple María Callas —que, como tú sabes también, no es Callas, ni siquiera creo que María, porque es Karagoropulos por su papá y Mcneghini por su esposo—, esa cantante grecoitaloamericana que suele provocar en los teatros luchas tan grecorromanas como ella misma. Pues bien, doña María ha manifestado a un colega que, en su opinión, las mujeres que cultivan la línea «Saco» merecen ser encerradas en un manicomio. Yo, en cambio, aquí, en Cartagena, desde donde te escribo, he visto pasar por la calle a varias chicas «ensacadas» y me siguen pareciendo deliciosas de todas maneras. Tal vez sea por la edad; por la edad de ellas, claro.

Otra Silvia Marco, estrella USA, protagonizó no hace mucho la película «El ángel de mi vida descendido del cielo». Ahora, según nos dice uno de esos rotativos de tu admiración —porque se ven libres de «rollos» y se venden a centenas de mil—, ese ángel de su vida ha descendido, efectivamente, del cielo para Silvia: la ha pedido en matrimonio un piloto de Aviación.

—Tiene gracia, ¿verdad? Pero más gracia aún tiene Arpad Fischer, especialista húngaro en cirugía estética, quien declara que, en lo sucesivo, no anestesiará a sus pacientes, sino que les administrará, a guisa de soporífero, una sinfonía de Beethoven o un andante de Bach. «Es el mejor estimulante para mí —ha

dicho el esteta— y el mejor anestésico para mis clientes».

En un juicio de divorcio, una dama alegó que su marido la había arrojado de la casa cuando le dijo que le iba a dar un hijo. Y tenía razón para protestar el consorte. Los hijos se dan, pero no se anuncian, como los cosméticos o los polvos contra las chinchas.

—Condena, condena inexorable, como la de ese juez de Birmingham, sabio, profundo, que ha impuesto a un «gamberro» la pena de vestir pantalones rojos y chaqueta amarilla. (Como si estuviese en el circo.)

Claro que esta pena es relativa. ¿Quién no tiene ahora —yo mismo la tengo—, por estas fechas, una camisa coloradita o así? El pintor Pravitori —véase «El Messaggero»— ha lanzado una moda que dejaría perplejo a nuestro amigo el juez de Birmingham: calzoncillos de una pernera roja y otra amarilla. Como «lo» del «gamberro», pero sin «gamberro».

Aunque dime tú, mi buen amigo, qué pensaría la gente de cualquiera de nosotros si nos vieran, no ya por «trapería» —no hay necesidad de llegar a esos extremos—, sino en cualquier piscina, al desvestirnos y lucir uno de esos preciosos calzoncillos existencialistas.

Con razón anda el mundo como anda. Mira, si no, lo que te pasó a esa señora que saltó en automóvil en busca de su esposo al tiempo que su esposo, también en automóvil, hacía lo propio desde otro punto distante de la ciudad. Vinieron a estreñarse —de tal modo se buscaron— y los dos murieron en un hospital.

Y es que, como ya te digo, el mundo anda de cabeza. Por eso yo sólo leo la Prensa nacional, y en primer lugar, LINEA, que es lo bueno.

Un abrazo, y a mandar.